

# Recuerdos de vida universitaria

## La facultad que yo vi

La fundación de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1896, fue un acto de fe y de esperanza. Era menester seguir el ejemplo de los países retores, en los cuales, con vigencia secular, existían casas de altos estudios, de estudios desinteresados: filosofía, humanidades, investigación erudita. Y ese ejemplo lo siguió un puñado de "claros varones", creando, como una tienda en el desierto, este reducto en medio de la atmósfera fría y plomiza de la Buenos Aires finisecular, para que en él se cultivara solamente noble semilla. Era lo más acuilatado en el campo de la cultura argentina: Mitre, Cané, Obligado, Groussac, Pellegrini, Norberto Piñero...

En tales circunstancias, esa iniciativa parecía un reto al crudo positivismo de la época. Estamos —conviene recordarlo— todavía en la Buenos Aires de Julián Martel! La palabra mágica es "negocio". El dinero domina omnipotente, como hoy. El dinero da prestigio, poder, jerarquía social. Todos, por lo tanto, buscan el enriquecimiento rápido, fulminante, y a él se llega, más que por el trabajo, por la especulación, el negocio turbio, la audacia y la falta de escrúpulos.

Se diría que el destino hubiese hecho nacer al nuevo instituto como antídoto. Era un pequeño oasis en aquel clima espeso, de utilitarismo rabioso y asfixiante para los espíritus finos.

En ese fin de siglo, el espíritu refugióse no sólo en la modestísima institución que acababa de fundarse, sino también en la redacción de

algunos diarios y en los cafés y cervecerías donde los hombres de pluma se citaban para charlar. Eran los tradicionales mentideros de Europa o, mejor, de París y de Madrid, trasladados a Buenos Aires. En esas tertulias no se hablaba de negocios sino de los colegas y de sus pariciones literarias. En ellas fue centro de atracción un hombre grande que terminaría en grande hombre, un mestizo genial que arrojaba sus margaritas sobre la incomprensión agresiva de la ciudad. Ese hombre de mirada triste y dulce y habitualmente taciturno, según el testimonio de quienes lo conocieron, tenía manos de marqués. Y con esas manos había escrito, del otro lado de las montañas, en Santiago de Chile, una prosa de tónica nueva, desenfaticada y alada; y había escrito versos que denunciaban garra de león.

Un tal huésped recibió Buenos Aires en 1894. Entonces no tenía más credenciales que un pequeño volumen, *Azul*. (Lo anterior no cuenta). Pero en ese volumen amanecía una nueva estética preformada en el Parnaso y en el Simbolismo, y a la cual más adelante se le daría sabor castizo con unas gotas del buen vino de Berceo y otras del complicado licor gorgorino. Allí estaba potencialmente lo que se llamaría Modernismo, que contó en la Capital porteña con su Bautista: Carlos Guido Spano. El poeta de las *Poesías griegas*, como vate, como vaticinante, intuyó en Rubén Darío, la presencia del genio y le dió la bienvenida.

En torno al nicaragüense, se fué arracimando una capilla, gente bohemia que desafiaba a los filisteos, a los burgueses, a los enriquecidos, con sus anacrónicas melenas, sus corbatas flotantes, sus chambergos aludos. Rezagos del romanticismo. Esto inadaptados oficiaban en cervecerías y cafés de la calle Corrientes. El más notorio, el "Café de los Inmortales" que ha historiado, no hace mucho, Vicente Martínez Cuitiño. Se vaciaban copas, se fumaba en pipa, se discurría sobre versos y se mezclaban fobias e idolatrías. El menos locuaz, pero el más seguro de su fuerza, el extraño forastero. Después del espaldarazo de don Juan Valera, todo para él había sido camino llano.

En 1896, el año en que se funda la Facultad, nace *Prosas Profanas*, libro que había de revolucionar la lírica española, y del cual eran anticipo las estampas de *Los Raros*, confesión de las devociones del poeta.

En la ínsula cultural formada por Darío, Payró, Piquet, Pagano, Martel y otros menores, se introdujo Leopoldo Lugones, caído de su Córdoba natal, elástico como un felino, desbordante de juventud y

de talento. Los dos americanos se entendieron. Sus espíritus fraternizaron en seguida y anudóse una amistad limpia y duradera. Temperamentos disímiles, cada uno tomó su ruta. No se estorbaron en la conquista de la fama. *Prosas profanas* era la epifanía de un nuevo Garcilaso. *Las montañas del oro* con que se inicia Lugones, era un conjunto de sinfonías mallarmeneanas: voces de bronce, lava rugiente, restos de pesadillas.

Del otro lado del río, José Enrique Rodó, maduro en plena juventud, escribía, señero, en la Revista Nacional, páginas de antología; y Julio Herrera y Reissig, ruiseñor perdido en un talar, escandalizaba al Montevideo pueblerino con su esoterismo importado y sus geniales extravagancias.

La Facultad de Filosofía y Letras nació, según se ha visto, bajo el signo de dos grandes poetas: Darío y Lugones, poetas que, naturalmente, no existían para la cátedra, pero que estaban en el corazón de los muchachos.

Se instaló en la casona señorial de la calle Viamonte que todavía ocupa. E inicióse con un problema angustioso: ¿de dónde se sacaban profesores? El problema se resolvió mejor que se creía: el país contaba con insospechadas reservas de cultura, con estudiosos capaces de afrontar, en rápida adaptación —la función hace el órgano— la enseñanza de las nuevas disciplinas. Pudo, así, integrarse un primer claustro de profesores con personalidades de categoría y con algunos universitarios de formación europea.

Otro problema: el alumnado. No era tampoco de fácil solución. ¿Qué joven con ambiciones, con deseos de abrirse camino, iba a seguir una carrera que aparentemente no servía para nada? Cultivaba asignaturas que carecían de aplicación práctica: lenguas clásicas, filosofía, literatura. Los hijos de familia "bien", contagiados por el afán de lucro, de éxito fácil y de figuración social, que respiraban en sus hogares, seguían carreras universitarias que conducían al logro de esos fines. Y con mayor razón los hijos del comerciante, del profesional, del rentista, del empleado. Se explica entonces y justifica la penuria inicial de alumnos. Las primeras promociones se perdían, como naufragos en una isla, en los sombríos corredores. En ese período heroico hubo, como en ciertas repúblicas de opereta, más generales que soldados. El presunto candidato preguntaba: Filosofía y Letras... ¿para qué sirve eso? Siendo estudiante, con optimismo panglossiano, intenté dar respuesta a esa pregunta.

La inutilidad práctica de la carrera —por lo menos aparente— dió unidad espiritual al alumnado de los primeros lustros. Era, en su inmensa mayoría, un alumnado vocacional. Estaba en parte constituido por gente de suicida vocación literaria. Abundaban los periodistas, los oficinistas, los maestros. No faltaban los inadaptados, los revolucionarios sentimentales, los estrelleros, los díscolos y soñadores. En más de uno había prendido el mensaje de *Ariel* que, por esos años, marcaba rumbos a la juventud de Hispanoamérica. Había quienes se ganaban el café con leche en la redacción fría y desmantelada de diarios de vivir agónico. Ellos, y los otros, se allegaban todas las tardes, como autómatas; iban a sumergirse en una atmósfera distinta, a vivir la ilusión liberadora del arte y del pensamiento, a olvidar por unas horas los apremios económicos, las angustias del pan amargo y el tufo de cocina de la casa de pensión.

La Facultad pronto se convirtió en una peña. En los pasillos, en el hall, en el amplio patio de entonces, se parlotaba de libros y de autores; se pontificaba y se pedanteaba. Y como en toda reunión de gentes de letras y de mujeres, se alacraneaba. Pero era aquél un alacraneo sonriente, escaso de veneno. En esa charla mariposa, las muchachas ponían su toque de gracia y de frivolidad. De esa generación vocacional surgieron excelentes profesores, críticos de nota, poetas, novelistas... Algunos terminaron en académicos, como Roberto Giusti y Carlos Obligado.

Puertas adentro, todos se emparejaban: ricos y pobres, católicos y liberales, derechistas e izquierdistas. Todos gozaban del mismo clima de altura. Todos pertenecían a la misma Orden, la Orden de los selenitas —como la bauticé en su momento— pues todos vivían un poco en la luna. Puertas afuera estaba la realidad con sus candentes problemas, con su áspera contienda de intereses, con su choque brutal de ambiciones y egoísmos. Era entonces de sabios vivir en la luna.

Generación gárrula, alegre, algo escéptica —como formada en la lectura morosa de Anatole France— no hacía migas con el fanatismo y la intolerancia que pocos años después llenarían el mundo de escombros, de odios y de lágrimas. Todavía alentaba en nosotros el espíritu del “estúpido” siglo XIX, como se ha dicho estúpidamente. La verdad es que el hombre nunca fué tan libre, tan dueño de su destino.

Dos tertulianos de aquella peña, Roberto Giusti y Alfredo Bianchi, habían creado la revista “Nosotros”, que tuvo vida larga y aza-

rosa, y cuya influencia cultural nadie puede desconocer. Ningún valor de ambas orillas del Plata, dejó de colaborar en ella. Sus comidas mensuales eran famosas. En locales que tenían más de bodegones que de restaurantes, se reunían escritores, periodistas, pintores, músicos, catedráticos, jueces, estudiantes y bohemios. Ingenio, buen humor, vino en abundancia. Imposible concebir ágapes más divertidos.

El público general tenía, desde fines del siglo anterior, su revista, "Caras y Caretas", donde semanalmente competían la gracia peninsular de Eustaquio Pellicer y Luis García, con la criollísima de Fray Mocho. La ilustraban dibujantes tan seguros e intencionados como Mayol y Cao. No había público para más de una revista. Por eso otras: "P. B. T.", "Fray Mocho", "La Mujer", "Pulgarcito", "Tipos y Tipetes", etc., etc., nacieron con los días contados.

Retomemos el hilo. El avance de la Facultad fué lento y precario durante las primeras décadas. Debía abrirse paso abatiendo obstáculos como un rompe-hielos. No podía ser de otra manera: en un medio de exacerbado utilitarismo, se creaba un centro de estudios desinteresados. No pegaba. Tal vez por eso fué sino de la Facultad vivir rodeada de hostilidad difusa. Difusa y alguna vez declarada. En sus días matinales, nada menos que un ministro de Justicia e Instrucción Pública —hoy en piadoso olvido— encarnando esa subestimación, casi la suprime de un plumazo. Evitó la consumación de un acto de desgobierno tan vergonzoso, la oportuna intervención de Mitre, quien sabía, como historiador, cuánto importan para una nación, los productos espirituales. No todo consiste, como piensa el *homo economicus*, en labrar la tierra, en construir casas, en crear industrias, en acrecer la riqueza. Todo eso se traduce en bienestar físico y debe estimularse. Pero no quedar ahí, sino servir para sustentar el ocio horaciano en sus pensadores y la vida holgada en sus artistas. Pues la república necesita para salir de su estado de factoría, artistas y pensadores. Tuvo algunos en su primera centuria, ¡pero qué lucha titánica la de estos autodidactas! Debieron hacer patria en medio de la soledad y de la barbarie. No hay, si bien se mira, industria que dé tantas "divisas" como la obra de arte. Y sino que lo digan Italia, Francia, España y demás países turísticos. ¡Qué dividendos no les han dejado los artifices y artesanos que levantaron catedrales, castillos y palacios; y los escultores y pintores de un pasado glorioso. Aquellas generaciones pusieron el genio y la vida. Las de ogaño, el platillo, los hospedajes y los guías.

Sigamos: a propósito de la hostilidad difusa, no faltó el diputado

economista, nutrido en las ubres del materialismo histórico, que de tiempo en tiempo, lápiz en mano, no recalcase cuánto costaba al erario público cada egresado de Filosofía y Letras. Y no faltó el franco tirador, el plumífero anónimo que desfogaba, en hojas irresponsables, su impotencia, su encono, su resentimiento, arrojando piedras sobre nuestro tejado. Los perros ladran, la caravana sigue...

La Facultad, en 1910, año de euforia patriótica, de apoteosis, era ya una institución prestigiada por catedráticos de jerarquía universitaria, argentinos y extranjeros. La mayoría agregaba a la función docente la de publicistas, como es común en Europa. Unos tenían mayor volumen intelectual que otros, pero ninguno desentonaba. Durante la década siguiente, se fueron incorporando nuevos valores. He aquí los hombres que en esos años enseñaban en la Facultad, salvo omisiones involuntarias. La mayoría yace hoy en los cementerios: Rodolfo Rivarola, Alejandro Korn, José Ingenieros, José Nicolás Martienzo, Ernesto Quesada, Carlos Octavio Bunge, Horacio Piñero, Carlito Oyuela, Juan Agustín García, Francisco Capello, Antonio Dellepiane, Enrique del Valle Iberlucea, Rodolfo Senet, Luis María Torres, Roberto Lehmann Nitsche, Mauricio Nirestein, Rómulo D. Carbia, Félix Outes, Juan Chiabra, Leopoldo Longhi, Antonio Porchiatti, Clemente Ricci, Juan Keidel, Juan B. Ambrossetti, Salvador Debenedetti... Viven: Cristofredo Jakob, Ricardo Rojas, Rómulo Martini, Kurt Schüller, Mariano de Vedia y Mitre, Aníbal Moliné.

Después vinieron algunos españoles de muchos quilates: Américo Castro, Amado Alonso, Julio Rey Pastor, Claudio Sánchez Albornoz.

Por esas calendas empezaron a desfilar por el aula magna forasteros ilustres: profesores de la Sorbona y de las grandes universidades de Alemania, de Italia, de Inglaterra, de España y de la América Latina y Sajona, pensadores y escritores eminentes. Es difícil, sin papeles a mano, recordarlos a todos. Fueron muchos. He aquí algunos mezclados al azar: Einstein, Kevserling, Waldo Franck, Diehl, Ferri, Ferrero, Farinelli, Arduino Colasanti, Maritain, Martinenche, Paul Langevin, Paul Rivet, George Dumas, Altamira, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Eduardo Marquina, Manuel García Morente, María de Maeztu, Carlos Vaz Ferreira, Luis G. Urbina, Pablo Neruda...

La Facultad sumaba, así, a la labor silenciosa, cotidiana y casi familiar de las aulas, esta otra de irradiación de alta cultura que se

efectuaba desde su tribuna máxima. Ya tenía Buenos Aires un sitio (rincón perdido entre la aristocrática Florida y el "Bajo" cosmopolita), desde donde era posible transmitir la síntesis de hondas meditaciones, de sabiduría acendrada, de experiencias fecundas. Merced a este continuo trasiego del saber foráneo, comunicado de viva voz, y que completaba la información de libros y revistas, al estudioso argentino le era fácil estar al día en lo que respecta al movimiento de las ideas.

La extensión universitaria, desde nuestra casa, contó —¿hay necesidad de decirlo?— con el aporte de lo más cotizado de la intelectualidad argentina. En efecto, es difícil señalar una figura saliente en la esfera de la historia, de la filosofía, de la pedagogía, de disciplinas hermanas, que alguna vez no haya honrado con su presencia y su palabra la tribuna mayor.

Finalmente, —last, but not least— no olvidamos a los profesores de la Facultad, entre quienes había hombres de sólido saber y expositores de palabra grávida y fluente. Requeridos por centros de cultura, o por las autoridades de la misma casa, solían pasar del tono conversado de la clase común, a la conferencia magistral desde el aula magna.

Todos: europeos, americanos, argentinos, todos han gozado en esa tribuna de la más completa libertad. Bajo el amparo de una tolerancia jamás interrumpida, personas de todas las creencias, de todas las razas, de todas las ideologías, han podido emitir sus opiniones sin otro requisito que la forma culta y decorosa, sin otra cortapisa que la de no subalternizar las cuestiones con estados pasionales del momento.

No paraba en esto la acción civilizadora de la Facultad. A pesar de lo exiguo de su local, fué escenario de representaciones teatrales y de conciertos, a cargo, la mayoría, de los mismos estudiantes. Las audiciones musicales, así como frecuentes actos conmemorativos, solían estar respaldados por sociedades o instituciones de reconocida solvencia moral e intelectual, vinculadas a la Facultad por lazos tan nobles como simpáticos. Entre todas, se destacaba la "Institución Cultural Española" que dirigía don Rafael Vehils.

La extensión universitaria se practicaba asimismo fuera de la casa por obra de sus profesores, los que han ocupado las más exigentes tribunas del país, y también las otras, las más humildes, pero no menos meritorias. Desde "La Prensa", "Los amigos del arte", "El Circu-

lo" de Rosario, el "Colegio Libre de Estudios Superiores", las Facultades hermanas del interior, y las Universidades de Montevideo y de Santiago de Chile, hasta el ateneo la biblioteca de barrio, o los centros culturales, chicos y grandes, de la provincia de Buenos Aires, se ha esparcido el pensamiento de profesores o graduados, siembra que posteriormente completó la transmisión radial.

Por otro conducto ha llegado hasta el público nuestro —y más de una vez hasta el extranjero— la labor silente, pero tesonera, de la Facultad: por la letra impresa. Las primeras manifestaciones escritas de su existencia, fueron dadas —creo— por los estudiantes. En cuanto su número lo permitió, editóse un Boletín: páginas sin pretensiones para consumo interno, ennegrecidas casi todas con apuntes de clase. Fenecido el Boletín, fundamos "Verbum", en mayo de 1912, nombre explosivo y petulante. Su finalidad era muy otra; nada de apuntes, de notas, de secos esquemas que oliesen a aula. Se procuró pergeñar una revista bienhumorada, escrita e ilustrada por alumnos, que reflejase el vivir de la casa visto desde el ángulo juvenil. Quien desee captar el ambiente de esa época, el ambiente de la Facultad en su adolescencia, no puede omitir ese material de información: crónica de pequeños sucesos de la pequeña república, caricaturas de profesores, escarceos primerizos de alumnos poetas, ensayos aurorales de futuros prosistas. En definitiva: deporte, pasatiempo, diversión intrascendente. Corrido el tiempo, "Verbum" se puso seria, tomó aires de revista adulta. Mermó, por consiguiente, la colaboración estudiantil y se insertaron trabajos de catedráticos y de firmas de cartel. Salieron números de notable calidad.

Pocas revistas habrán tenido una existencia más aleatoria, como que estuvo condicionada por los vaivenes de la política casera. Sin embargo, hay que reconocerlo: jamás "Verbum" se utilizó como arma en campañas electorales. Para esas campañas se empleaban volantes, hojas sueltas, periódicos circunstanciales, páginas de una virulencia inexplicable en personas que respiraban la atmósfera sedante de la filosofía. Ese accidentado vivir dependía también de la unión o desunión de la masa estudiantil. "Verbum" era órgano del viejo Centro, y cuando se producía un cisma —¿qué año no lo hubo — el grupo disidente hacía rancho aparte y fundaba, cuando podía, su revista, tan efímera como el grupo mismo. Una de las más enjundiosas fué "Péñola", otra "Bases". En cuanto a "Verbum", yace en sueño cataléptico desde diciembre de 1942. No sabemos si algún día despertará de ese sueño.

Posteriormente, por iniciativa del entonces decano, Coriolano Albe



rini, la Facultad resolvió poseer su órgano oficial, y se fundó "Logos", colocándose a su frente a un hijo de la casa, a un joven profesor, experto en estos achaques (había dirigido "Verbum") y de reconocido talento: Angel J. Battistessa. Presentación gráfica de primer orden, colaboraciones seleccionadas, notas bibliográficas ceñidas y abundantes. Reemplazaba a "Verbum" en la estimulante misión de acoger, hospitalaria, cuartillas iniciales de alumnos distinguidos.

Entre tanto, los Institutos habían ido tomando cuerpo en consonancia con las posibilidades de sus respectivos presupuestos. En ellos se trabajaba sobre documentos y libros, se completaba y refirmaba la enseñanza necesariamente teórica, y cifrada de las aulas. Crecía año tras año el caudal de sus bibliotecas y se intensificaban sus actividades específicas: exhumación documental, exégesis erudita. Tal esfuerzo concretóse en publicaciones que obtuvieron vasto mercado en el país y en el extranjero.

Publicaron obras de fondo el Instituto de investigaciones históricas, de Historia antigua y medieval, de Historia de la cultura española medieval y moderna, de Filosofía, de Literaturas clásicas de Literatura argentina, de Estudios germánicos, de Filosofía, de Biología, de Didáctica, y el Museo Etnográfico.

Algunos Institutos editaban, además, tesis sobresalientes, boletines, revistas especializadas. Se destacaba por lo copioso y valioso de su contenido, el Boletín del Instituto de investigaciones históricas, que dirigía Emilio Ravignani. Igualmente, digna de encomio fué la revista de Filología Hispánica, a cargo del malogrado Amado Alonso, revista que se difundía en el país y en el extranjero, particularmente en los Estados Unidos. El Instituto de estudios germánicos, creación del doctor Juan C. Probst, agregaba a su utilísima labor de traducciones y ensayos sobre literatura alemana, una revista de información sumaria. El Instituto de Psicología Experimental coleccionó en sus "Anales" trabajos de esa especialidad, bajo la vigilancia del doctor Enrique Mouchet. De aparición más reciente fué el Boletín del Instituto de Sociología, conjunto de estudios escritos por especialistas en esa disciplina y egresados que empezaban a cultivarla. La dirección la ejercía Ricardo Levene. El Instituto de cultura latinoamericana, de escasos recursos, repartía mensualmente un modesto Boletín en el que sobresalía la información bibliográfica, hecha por egresados y supervisada por Arturo Giménez Pastor. El Museo Etnográfico, en 1931, en tiempos de Félix F. Outes, publicó "Solar" como "órgano de divulgación", magnífico esfuerzo que, por falta de dinero, no pudo llevarse adelante.

Durante los primeros años, la Facultad desarrollaba sus actividades con suficiente holgura en el actual edificio. Bastaban muy pocas aulas. Casi todas estaban provistas de una larga mesa que rodeaban estudiantes y oyentes a manera de comensales. En la cabecera, una tarima, la cátedra y el profesor.

Algunas clases atraían mayor concurso —alumnos de otras Facultades y público general, en su mayoría femenino— y se dictaban en lo que es hoy el aula magna, reducida entonces a la mitad. En ese recinto, cuyos asientos escalonados formaban gradería, y cuyo acceso, por detrás, era una empinada escalerilla, disertaban, en mi tiempo, ante auditorios bien granados, Horacio Piñero, José Ingenieros, Ricardo Rojas. Y en ese recinto, como hoy, tenían lugar los actos oficiales y las conferencias de intelectuales visitantes.

Ese local, con el andar de los años, sufrió transformaciones radicales. En uno de los varios decanatos de Alberini —cuya vocación arquitectónica era manifiesta— se quitó la vieja gradería, se voltearon paredes, se trasladó al subsuelo el Laboratorio de Psicología que funcionaba adosado al aula magna, se colocaron butacas cómodas, se instaló la tribuna en un modesto y empurpurado proscenio, se mejoró la iluminación y se decoró el todo con sobriedad. El resultado fué una sala íntima, simpática, apacible, en cuyo ámbito sonaron voces de las más calificadas del mundo. Luego se aprovechó, además, para los cursos de población numerosa.

En el hall central existía un ascensor, temblorosa jaula que comunicaba con la Universidad. Se hacía peripatetismo y se flirtaba discretamente en un extenso patio, ogaño convertido en patizuelo. Límite de ese patio era la Biblioteca, salón luminoso de una sola planta. Años después se le encimaron ladrillos y libros, que a veces son la misma cosa.

En el subsuelo dormían los embriones del actual Museo Etnográfico. Atiborraban el tenebroso lugar esqueletos, cráneos, canoas, armas indígenas, cacharros, residuos de la cultura precolombiana, casi todo ello acarreado por la benemérita paciencia y el saber de Juan B. Ambrossetti. Continuó la faena Salvador Debenedetti, otro malogrado. En ese ambiente de cueva de Salamanca se dictaban algunas clases y retumbaban cavernosas y somníferas las voces de Lafone y Quevedo y de Camilo Morel. El Museo, ya adulto, fué a parar a la sede que abandonara la Facultad de Derecho y allí hicieron obra patriótica Félix F. Outes y Francisco de Aparicio.

La urgente necesidad de "espacio vital" produjo el desparramo de los Institutos. Surgió apremiante el problema de su ubicación. Debíó acudir al alquiler de fincas cercanas. Vivíamos, desde entonces, con la angustia de los vencimientos de contrato. Y durante años los libros y los bártulos de los Institutos ambulaban por las calles Reconquista, San Martín y Florida, sin encontrar asiento duradero. De ahí que nuestro problema más acusante fuese el del edificio propio. Hubo un momento en que la esperanza de alcanzarlo estuvo a pique de convertirse en realidad. Se obtuvo un terreno en la Recoleta, frente al monumento a Mitre, y se consiguieron fondos para iniciar la obra. Proyectada por el arquitecto y profesor de Historia del arte, don Martín Noel, se empezó a trabajar. Esto ocurría en la presidencia de Alvear y en el decanato de Ricardo Rojas. Se hicieron excavaciones, se construyeron sólidos cimientos, y cuando ya se había invertido una gruesa suma, se paralizaron los trabajos por orden superior. ¿Qué había sucedido? Algunas familias del barrio, barrio aristocrático —se murmuró entonces— habían protestado: les molestaba la vecindad del estudiantado. Y se les hizo caso.

Fallida esta esperanza, las autoridades de la casa y en especial sus decanos crónicos, Alberini y Ravignani, continuaron la porfiada tentativa. Logróse, así, como trueque del terreno perdido, otro mucho más grande, aunque en zona algo más alejada (Avenida Alvear y Tagle). El arquitecto Noel rehizo el proyecto, conforme con las dimensiones y perspectivas del nuevo emplazamiento, y teniendo presente las sugerencias de una "Comisión del edificio", nombrada por el Consejo Directivo y presidida por Alberini, cuyas aficiones arquitectónicas ya he señalado. Figuraba en el Presupuesto de la Nación una partida anual que permitiría iniciar y proseguir los trabajos. ¿Qué mejor manera de celebrar el cincuentenario de la Facultad? Pero todo quedó en veremos.

Huérfano de local, el viejo Centro se reunía en cualquier aula y guardaba librotos y papeles debajo de la escalera del hall, en el desván que fué de las escobas. Luego vino la sacudida de la Reforma. Desde el año 18, la vida de las Universidades, en todo el país, tomó otro ritmo. El Centro obtuvo, entonces, como sede, una de las salas de la casa, la ocupada hoy por la Secretaría (decanato de Alejandro Korn, primer decano de la nueva era). Fué su edad de oro. Una biblioteca rica y bien presentada, vestía las paredes; y los socios mostraban con orgullo una magnífica mesa, regalo del autor de *La gloria de don Ramiro*, a la sazón consejero. ¿Qué se habrá hecho todo ese patrimonio tan amo-

rosamente colectado? Después, por ampliación de la Secretaría, el Centro debió descender al subsuelo y allí muchos estudiantes fumaban a gusto y vivían en tertulia permanente.

Las primeras promociones estudiantiles no se inquietaban gran cosa por el manejo de la casa. Los decanos, casi todos hombres representativos, no se discutían. Lo profesores, unos accesibles, otros inabordables, eran, en general, queridos y respetados. Uno que otro, apenas tolerado. La disciplina espontánea, pues nadie sentía la presión de las autoridades. La rebeldía veinteañera, más biológica que ideológica, se desahogaba en el Centro de estudiantes o en la Federación Universitaria, en agitadas y bulliciosas asambleas, en las que hicieron sus primeras armas oratorias algunos futuros legisladores. Allí se fue gestando la Reforma Universitaria, movimiento de dilatada proyección y del cual todavía no es fácil hablar con la necesaria neutralidad. Por lo demás, no es tema para este sitio. Puede, sin embargo, afirmarse, como de camino, que a partir del grito de Córdoba, la tónica espiritual del estudiantado cambió radicalmente. Sintióse un poco dueño de casa y dejó de mirar con indiferencia el manejo y marcha de su Facultad. Ya no era un ente pasivo. Ahora gravitaba en esa marcha, pues, como primera providencia, se erigió en juez de sus profesores. Muchos tuvieron que irse y otros que jamás hubieran llegado con el antiguo régimen, llenaron los claros. La Universidad se democratizó.

Mediante el sistema de los concursos, pudieron subir a la cátedra valores nuevos, surgidos de todas las clases sociales. Una oligarquía —en la cual, ¿por qué negarlo, no ecaseaban las gentes de talento y refinadas por los viajes y el estudio— gobernaba no sólo la Universidad sino el país. Era la crema de una sedicente aristocracia de latifundistas enriquecidos por la valorización de la tierra. La ley Sáenz Peña en el orden nacional y la Reforma Universitaria en el más ceñido de la alta cultura, hicieron más poroso el tejido social y permitieron el acceso a los puestos de responsabilidad a hombres de acerada voluntad y clara inteligencia, emergidos de la clase media y aun del proletariado.

La Reforma universitaria remozó el plantel de profesores. En nuestra Facultad empezaron a tallar los hijos, los primeros egresados (el capital comenzaba a dar intereses): Coriolano Alberini, Emilio Ravignani, Alfonso Corti, Alfredo Franceschi, Lidia Peradotto, B. Ventura Pessolano, Jorge Cabral, Jacinto J. Cuccaro, Leopoldo Castiella, Horacio Rivarola, León Dujovne, Jorge H. Rohde, Alberto Freixas, Juan C. Probst, Luis J. Guerrero, el autor de estas líneas. . . (Escribo de memoria: es posible alguna omisión involuntaria). Omito a los "nie-

tos", pues es historia contemporánea.

Poco a poco, se fueron incorporando profesores formados en otros institutos: Juan P. Ramos, Francisco Romero, Rafael Alberto Arrieta, José A. Oría, José León Pagano, Ricardo Caillet-Bois, Sansón Ras-covsky, José M. Monner Sans, Juan Mantovani, Fernando Márquez Miranda...

De este conjunto de egresados e incorporados, algunos fallecieron, otros se jubilaron a tiempo, y un buen número debió alejarse ante la presión de fuerzas oscuras. Se fueron, después de una vida consagrada a la enseñanza, rodeados de indiferencia e ingratitud. Los mejores discípulos de Amado Alonso: María Rosa Lida, Raimundo Lida, Angel Rosenblat, Enrique Anderson Imbert, se refugiaron en universidades extranjeras, donde prosiguen la labor ejemplar de su maestro.

La Reforma trajo —¿para qué ocultarlo?— desbordes en la masa juvenil. Era la ebriedad del triunfo. Se relajó a menudo el sentido de la jerarquía. Proliferó el estudiante político, el estudiante que vivía ardorosamente y gozosamente las luchas electorales. Aparecieron líderes, caudillos, tribunos. Aparecieron "partidos" y campañas, como las de la política grande, con asambleas ruidosas, programas de acción, manifiestos, mensajes, discursos inflamados, volantes, panfletos, literatura pasional. Se acortaron las distancias entre profesor y alumno, a la manera europea. El profesor olímpico era ya un anacronismo, pero surgió el profesor "muchachista" y el decano demagogo; el profesor político que canalizaba en beneficio propio la sinceridad, el entusiasmo y la buena fe de la masa juvenil.

El nuevo estudiante quería conocer de cerca los resortes internos de su Facultad, que su antecesor mirara, despreocupado, desde afuera. Si convertido en Delegado estudiantil, daba forma a su inquietud, a su urgencia de innovaciones, con una lluvia de proyectos, muchos de los cuales acusaban natural inexperiencia: no eran viables y morían en las carpetas de las Comisiones. Otros se transformaban en útiles Ordenanzas. Hubo de todo en los Delegados: desplantes, demasías, excesos verbales, oposición sistemática y también sana fiscalización y colaboración eficaz.

La agitación estudiantil se agudizó y desbordó de su plano específico a raíz de la última guerra. Con los regímenes totalitarios creció en todas partes la cizaña de la intolerancia y el fanatismo. Y como resultado, la grey estudiantil se fué impregnando de ideologías políticas

y sociales y, dividida en bandos, vivió intensamente las pasiones de su tiempo.

No todos los estudiantes eran políticos. Naturalmente, no faltaban los neutrales, los apolíticos, los indiferentes, sea por razones temperamentales, sea por comodidad. Y hubo otro ejemplar: el estudiante para quien la política era simplemente un deporte, una experiencia, un pretexto para discutir y a veces para lucirse. Felizmente, en contados fué logrería o válvula de enconos personales.

En nuestra Facultad, transcurridas las dos primeras décadas, que fueron de arraigo lento, pero continuado, la población estudiantil empezó a aumentar en forma inesperada. En mucha parte esa afluencia se explicaba por el carácter profesional que fué adquiriendo la carrera. La Facultad dejó de ser una peña, un refugio de selenitas, de individuos tocados por "el mal metafísico". Se acabaron los estudiantes peripatéticos. Los nuevos no iban a platicar sobre doctrinas, autores y libros; ni se eternizaban en la casa por rutina. Iban a aprobar materias, el mayor número posible en cada fecha de exámenes, a fin de terminar pronto y obtener un título que valía, presuntivamente, para ganarse la vida. Ya no se preguntaba: ¿para qué sirve eso? Ahora ya se sabía: se estudiaban lenguas clásicas, filosofía, literatura, pedagogía, para ganarse la vida. Para ganarla enseñando todo eso. Como consecuencia, cambió la fisonomía espiritual del alumnado. Ralearon los estudiantes de vocación, los desinteresados, y colmaron las aulas los que acudían en procura de un título profesional. Ralearon, pero no desaparecieron. Todos los años se presentaban tesis reveladoras de esa vocación, vocación disciplinada, verdaderos aportes a la cultura nacional. Se aclaraba un mal entendido: la misión de la Facultad no estribaba en fabricar filósofos, ni escritores, ni historiadores, sino en formar docentes capaces. Salamanca no fabrica esos productos. La historia de nuestra incipiente cultura es el mejor ejemplo: fueron autodidactas, o poco menos, las mejores plumas y las mejores cabezas, desde Sarmiento y Mitre hasta Lugones y Ameghino. Pero Salamanca *puede ayudar*, abreviando el aprendizaje o tirocinio, disciplinando el estudio, sistematizando los conocimientos.

Muchos ingresaban todavía desorientados. Se inscribían en nuestra casa como lo hubieran podido hacer en cualquiera otra. Y poco a poco el ambiente los conquistaba. Iban tomándole afición a las disciplinas que en ella se cultivaban. La vida, ahora, adquiría para ellos perspectivas antes insospechadas: se había afinado el intelecto merced a la especulación filosófica; se había ensanchado el orbe al contacto

con la historia; se había enriquecido la sensibilidad en el roce y comercio con las letras y el arte.

Existía otro espécimen de estudiante: el que cursaba la carrera sin pena ni gloria. Asistía a las clases en los días nublados, cuando no tenía programa mejor. No leía un libro en todo el año. Al acercarse los exámenes, compraba, o pedía prestados, algunos apuntes, los nefastos apuntes. Los leía de prisa, malhumorado, porque había lagunas que no podía llenar, o incongruencias que no podía aclarar. Sin tiempo de digerirlos, pegaba los apuntes en la memoria. Y con ese pobre bagaje se sentaba ante la mesa examinadora, aplomado, sonriente, optimista, y los repetía con énfasis teatral. Era el clásico lancero. Los examinadores, hartos de oír lo mismo, el mismo introito, los mismos ejemplos, los mismos errores, se consultaban:

—¿Qué hacemos con éste?

Buenos Aires crecía y se transformaba de manera vertiginosa. La piqueta no descansaba. Año tras año cambiaba de piel. Y no era menor su avance en la esfera de la cultura. La juventud que estudiaba, ya entonces formaba legión. No había casa sin estudiantes. Facultades, colegios oficiales, institutos particulares, academias profesionales, no daban abasto. Nadie que quería se quedaba sin aprender. Todo resultaba chico. Por todas partes, en todos los barrios —espectáculo gratuito— ya ponían su nota cándida y fresca los guardapolvos escolares. Ahora las niñas no se conformaban con el título de maestras: querían ir más allá. Ahora alegraban con su juvenil presencia los claustros universitarios.

No toda la ciudad era turfista y futbolista. Vastos sectores sentían inquietudes que antes eran patrimonio de una minoría: se llenaban las salas de conciertos, se multiplicaban las galerías de pinturas, se pagaban altos precios por oír versos. Todos los días se pronunciaban conferencias en toda suerte de tribunas, sobre los temas más disimiles, frente a nutridos auditorios. Buenos Aires se convirtió en la capital del cine hablado en español y en el centro editorial más poderoso de habla castellana, hegemonía que ha perdido. Estábamos lejos de la Gran Aldea y lejos de esa Buenos Aires indiferente y utilitaria que vió nacer a nuestra Facultad, y a cuyos mercaderes arrojaba Rubén Darío sus margaritas.

En esta marea ascendente, la Facultad ha tenido su parte y no pequeña. La tuvo por la acción de los millares de jóvenes que han pasado por sus aulas y salido a sembrar cultura. La tuvo por la tras-

endencia de su cátedra máxima, jerarquizada, como he dicho, por los huéspedes más eminentes venidos de todas partes del mundo, y por lo más granado de la intelectualidad argentina. Y la tuvo, finalmente, por la obra de investigación y las publicaciones de sus Institutos.

Nada tan útil como el estudio inútil. Porque el estudio inútil —es decir, no técnico, no profesional— libera al hombre de la excesiva preocupación por el aspecto material de la vida. Sembrar la tierra, plantar árboles, levantar edificios, industrializar las materias primas, mercar: todo eso está bien, siempre que no quede en eso, porque lo primero es no descuidar el huerto interior, el perfeccionamiento espiritual de sí mismo. Lo demás viene por añadidura. Lo inútil aparente es lo que más dignifica la vida: los lirios del campo, como en la parábola de Jesús, el trino de los pájaros, la meditación ociosa del filósofo, el sueño vagabundo del poeta, la obra de arte.

Por eso, provincias de ingentes industrias y sólido comercio, han sentido la necesidad de las cosas inútiles y han fundado Facultades de Filosofía y Letras, en las cuales el hijo del comerciante y del industrial toman contacto con los hombres que consumieron su vida reconstruyendo el pasado, con los grandes espectadores del teatro del mundo, con los arquitectos de sistemas filosóficos, con los malabaristas de conceptos y, finalmente, con los poetas, con los cultores de la gaya ciencia: con los épicos que levantaron catedrales de palabras y con los líricos que trasmutaron en belleza su dolor de vivir.